

Rutilia Calderón... mi amiga

¹ Susana Rodríguez

Es difícil intentar comprender los motivos que Dios, la vida o el universo puedan tener para llevarse de este plano existencial a personas tan valiosas, llenas de conocimiento y experiencias, pero sobre todo, llenas de voluntad de servicio.

Cuando escuchaba hablar de la doctora Rutilia Calderón Padilla, imaginaba a una señora muy ensimismada en el mundo de la academia y lo que significa para algunos tener títulos colgados en la más exclusiva pared de sus oficinas o como precedente rimbombante de sus nombres de pila; pero mi primera experiencia al verla fue totalmente diferente, fue ver a una joven mujer, sencilla al vestir, pero que llevaba con elegancia su propio estilo despreocupado, de cuya voz suave y modulada salían expresiones llenas de conocimiento, positivismo y fe que capturaron mi atención.

Jamás olvidaré aquella tarde de 1997 cuando la vi ingresar a la que era entonces Escuela de Actualización del Docente Universitario y escuchar la algarabía de sus amigas María Luisa Zelaya de Pineda y Gloria Castro de González quienes efusivamente salieron a su encuentro diciendo ¡HOLA RUTI! con el tono de voz que solo puede salir de un corazón que se regocija al ver a una persona muy querida.

Por un instante al verla pensé que era una estudiante que se había equivocado de lugar y creía que aquella modesta oficina del segundo piso del Edificio 5 era un aula de clase. Con su cabello corto, su mochila y sus zapatos bajos, la vi entrar por la puerta de aquella sencilla oficina, sin imaginarme jamás lo muy importante que su influencia sería en mi vida, pues junto a mi madre, serían las personas que me impulsarían a intentar ser cada vez mejor. Su forma de trabajar fue siempre meticulosa, ordenada, cuidando hasta el más mínimo detalle por lo que jamás se trabajó para ella, el equipo de la Escuela siempre trabajó junto a ella.

Continué mi travesía apoyándole como su asistente en la Vicerrectoría Académica (VRA), desde donde emprendió luchas que eran quizás quijotescas, pero llenas de un profundo amor por la UNAH y porque todo se hiciera pensando primero en la institución optimizando recursos y esfuerzos, por eso hasta la más mínima labor se hacía lo mejor posible desde el inicio. Dimos siempre nuestro mejor esfuerzo como equipo creyendo y teniendo la certeza de que lo que hacíamos llegaría a cada estudiante, ayudando con nuestro trabajo a “mejorar su vida”. Hoy esa forma de pensar en “nuestros muchachos” la continúo viendo reflejada en “su gente” de la VRA, cuando analizan una petición de cualquier estudiante que por muy difícil y complicada que sea, siempre tratan de resolverla “viendo como le ayudamos sin ir en contra de las Normas”. Esa forma de ser me llena de orgullo porque se que lo que ella sembró, sigue latente en el sentir y hacer de “su gente”.

Ella con su forma de ser me inculcó la devoción por esta noble casa de estudios, me enseñó con su ejemplo a agradecer a Dios cada día la bendición de tener un trabajo, porque todas las bendiciones y comodidades de las que nuestras familias gozan, son producto de ese trabajo con el que Dios y la Universidad nos han honrado. Aprendí con su ejemplo que la UNAH es un templo en el cual también se puede alabar a Dios, haciendo cada día lo mejor posible lo que nos toca y más.

Muchas veces la vi triste, y con la confianza de una amiga me comentaba que no comprendía porqué la gente olvidaba para qué estaba en la UNAH, para qué trabajaba en la UNAH, pues habían olvidado que siendo servidores públicos estábamos en el deber de hacer no sólo lo que se nos pedía, sino que, debíamos hacer con excelencia lo que se nos pedía y un poco más sin importar un cargo o categoría laboral.

¹ Asistente de la Vicerrectoría Académica de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

<https://orcid.org/0009-0009-2325-0903> Correo electrónico: susana.rodriguez@unah.edu.hn



Detalle del retrato de Rutilia Calderón Padilla. Mario Castillo. 2013. Acrílico sobre tela. 55 x 65 cm.
Fotografía por Paúl Martínez en formato digital 35mm, 2023.

Ella fue una mujer de muchos defectos como todo ser humano y probablemente cometió errores por confiar en algunas personas equivocadas, pero una gran cualidad que siempre tuvo fue su integridad. Probablemente jamás conozca a alguien como ella, pero sí le agradezco infinitamente a la vida el haberme permitido estar

a su lado, viendo lo que otros probablemente no vieron, y es que siempre dio lo mejor de ella misma no pensando en dejar un legado tras de sí o un nombre en una placa conmemorativa, sino, simplemente para que lográramos alcanzar como nación un mejor nivel de vida, apoyando con sus ideas a quienes le solicitaban ayuda.

Recuerdo el día que me llamó a su oficina para comentarme que le habían llamado de Casa Presidencial porque “el presidente quería hablar con ella” creyendo que era por algún tema institucional. Al regresar me comentó que le había ofrecido sin ser de su partido la Secretaría de Educación. Me preguntó que qué opinaba yo, a lo que simplemente le contesté, que desde allí podía hacer mucho más por la gente.

Yo, me sentí muy triste porque los 19 años de trabajo juntas llegaban a su fin, pero entendí que mi pérdida era ganancia para el pueblo. Una tarde siendo ella Ministra y estando yo en mi oficina me llamó con su alegría habitual y me dijo *...¡adivine dónde estoy!, yo no supe qué decirle y me dijo ...¡vengo de Olancho y pasando por su pueblo entramos a conocer, estoy en su colegio y ya ví qué necesitan más, les vamos a mandar pupitres!* y lo cumplió. Así era ella, auténtica, transparente, de acciones, una persona que rechazaba el protocolo y llamar la atención para sí, una persona que desconfiaba de la lisonja, una persona que visualizaba las necesidades de las personas y tomaba decisiones de manera espontánea.

Primero que mi jefa, ella fue mi amiga, y esa deferencia para conmigo es algo que ocupa un lugar muy especial en el cofre de los tesoros que mi corazón guarda. Cada experiencia de vida que conmigo compartía era una lección de esa escuela permanente que ella era, todo iba desde una simple receta extra saludable hasta cómo orientar la vida de mis hijos. De ella aprendí que desde pequeños a los hijos debe inculcárseles ante todo el respeto a sí mismos y a los demás; el ser independientes, pero orientándoles el motivo por el cual deben ser independientes. Recuerdo una vez que comentándome logros de sus hijos me dijo que cuando compartiera tareas del hogar con mis muchachos, era bueno que les dijera “cuando usted se vaya a estudiar fuera del país, ya sabrá cómo hacer esto...”. Ella decía que en los hijos se debe sembrar y cuidar esa semillita por ser mejores, por ser diferentes, pero sobre todo por ser buenas y honestas personas.

Como médica, era siempre esa ayuda que estaba para todos. A pesar de que poco ejerció su profesión, sus diagnósticos eran siempre muy acertados, pero más amaba ser académica, sabía que desde esa trinchera podía ayudar más. En cierta ocasión, desafortunadamente una persona muy amada para mí desarrolló una condición

tumoral muy severa. En mi amiga encontré no solo el apoyo moral que necesitaba, sino que también ese apoyo efectivo que se requiere, pues utilizó sus influencias y los favores que a otros había hecho, para que a esa persona tan querida la atendiera una brigada de especialistas que venían de una universidad del exterior. Recuerdo que la operación era tan delicada que duró diez horas, en las cuales ella siempre estuvo en contacto conmigo. Pocas veces la ví molesta, pero ese día aquella Rutilia Calderón suave que yo conocía se convirtió en la funcionaria que abogaba y exigía atención con determinación para una persona que la necesitaba y estaba a punto de morir porque nadie quería llevar una punta de sangre al quirófano en el Hospital Escuela. Mi experiencia fue esa, pero conozco la de muchísimas personas cercanas que fueron bendecidas por el cariño de la doctora Rutilia, que para ayudar también utilizaba “sus influencias”.

De mi “jefecita” aprendí que la mejor forma de agradecer a Dios por la bendición de un trabajo es tratar de hacerlo siempre bien, sin importar si nos es reconocida o no la labor. Ella siempre miraba los problemas como una oportunidad para enmendar los errores. ¿La extraño? ¡Sí! la extraño muchísimo, porque en momentos personales e institucionales difíciles, ella era mi consejera, era a quien acudía para una orientación, para recibir una luz de cómo hacer las cosas, o para que utilizara “sus influencias” y lograra detener “desde la clandestinidad” algo que dañaría a la UNAH.

Creo en vidas después de esta y sé que volveré a encontrarla. Creo que ella se fue tan pronto porque debía renacer en otro espacio de tiempo, siendo mucho mejor de lo que fue. Si tuviera la oportunidad, le preguntaría a Dios ¿por qué te la llevaste tan pronto si había tanto aún por hacer? Espero poder llegar a recordarla sin que el corazón duela, sin que los recuerdos hagan salir la humedad de mis ojos.

El tiempo pasa y es el enemigo más cruel porque no se detiene por nada ni por nadie. Gracias a la vida por su vida, mi querida doctora Rutilia.